

que evangelizaban el país; dió magníficos y ricos ornamentos á la iglesia de San Hipólito; y despues de haber llenado la provincia del buen olor de sus virtudes, volvió á Turin, llevando consigo la estimacion, el amor y la admiracion de todos los católicos, pero sobre todo de Francisco, que refiere con efusion sus elogios en el prólogo de su *Tratado del amor de Dios* y en su carta al Papa Clemente VIII. «He visto en él en esta ocasion, dice (1), tanta piedad y tantos rasgos de prudencia, de constancia, de magnanimidad, de justicia y de bondad, que..... yo estimo mas lo que hizo este Príncipe entonces en este pequeño rincon de sus estados, que muchas acciones brillantes que algunos elevan hasta el cielo..... Su corazón (2), por una gracia particular, parecia estar en la mano de Dios, para inclinarle á todo lo que queria de él: empleaba todo su talento y fuerzas en solicitar al pueblo para que entrara en el seno de la Iglesia, tanto por avisos dados en particular, como por el ejemplo de sus buenas obras..... Este religioso Príncipe ha llevado con sus propias manos, y si se puede usar esta espresion, todas las piedras para reconstruir en este país el edificio de la Iglesia católica..... Por él, en este país, semejante á una tierra donde la hermosa primavera sucede á un rigoroso invierno, el arbol de la cruz estendió por todas partes sus ramas vivificantes; los cánticos de la Iglesia resonaban en todos lados como la voz de la tórtola, y las viñas renovadas y florecientes derramaban un saludable olor.»

(1) Prefacio del *Tratado del amor de Dios*.

(2) Cart. XLIX, p. 181.

## CAPITULO II.

Francisco de Sales consiente en ser coadjutor.—Cae gravemente enfermo.—Recobra la salud, y hace el viaje á Roma.—Sufre allí un exámen público sobre la teología.

(1598 y 1599.)

Antes de hacer partir á Francisco para la ciudad santa, deseaba vivamente el Obispo de Ginebra determinarle á aceptar la coadjutoría que le habia ofrecido hasta entonces sin resultado. Para conseguir esta difícil victoria sobre la humildad del santo apóstol, le envió á su primer limosnero, Pedro Critain, encargándole le entregara los despachos del Duque de Saboya, que le nombraba para aquel puesto, así como una carta del Cardenal de Médicis, que se ofrecía á hacer consentir en el nombramiento al Soberano Pontífice, y le hiciera ver enérgicamente al mismo tiempo, que la conciencia no le permitia prolongar mas su negativa, y que resistir á la voluntad tan manifiesta de sus superiores temporales y espirituales, era resistir á la voluntad de Dios. Habiendo llegado el Sr. de Critain á la tarde al castillo de Sales, no dejó entrever la comision de que estaba encargado, pero al dia siguiente por la mañana propuso á Francisco fuesen á recitar juntos el Oficio bajo el pórtico del castillo; y cuando concluyeron, le preguntó si se imaginaba el motivo de su venida. «Absolutamente, contestó Francisco.—Pues bien, sabed, dijo el Sr. de Critain, que nuestro Obispo me ha enviado para declararos su voluntad espresa de asociaros á él como coadjutor, y recibir vuestra respuesta definitiva. Os ha pedido él mismo vuestro consentimiento; ha hecho que os hablen varias personas; y no ha recibido de vos mas que repulsas repetidas. Está afligido, y debeis, en conciencia, temer obrar contra la voluntad de Dios. Pensadlo pues, y decidme qué respuesta debo darle esta vez.—

«Os ruego, replicó el santo apóstol, digais á nuestro respetable Obispo que tengo hácia él una veneracion profunda; que agradezco mucho sus bondades, pero que el cargo que me ofrece es superior á mis méritos. Añadid que si fuera su coadjutor, tendria que privarse de una parte de sus rentas, que ahora mismo no son suficientes, y que sentiria sufriera por mi causa. Decidle que estoy pronto á ejecutar sus órdenes para escribir y predicar, ir y venir, hacer misiones; pero en cuanto al obispado, no debe pensar en ello, no soy á propósito para mandar.— Pero, replicó el Sr. de Critain, no querreis sin duda resistir á la voluntad de Dios; la eleccion que ha hecho de vos nuestro Obispo, tiene todas las señales evidentes de la voluntad divina: porque primero, en esta eleccion el Obispo no ha escuchado la voz de la carne y de la sangre, que le hubiera mas bien hecho nombrar á alguno de su familia; luego no ha obrado con precipitacion, meditando largo tiempo este proyecto; no se ha fiado de sus propias luces, porque ha tomado el consejo de los hombres mas ilustrados, no solo entre sus amigos sino del clero, de la nobleza, del estado religioso, y todos han aplaudido su eleccion. Este voto unánime ¿no es una prueba de la voluntad divina? Los antiguos Obispos han sido todos elegidos por esta señal, y era entonces una máxima establecida, que la voz del pueblo era la voz de Dios. Ved aquí además los despachos del Duque de Saboya, que confirman con gozo la eleccion de vuestro Obispo, así como una carta del Cardenal de Médicis, que declara encargarse gustoso de solicitar vuestra promocion cerca de la Santa Sede. ¿Qué mas señales queréis de la voluntad de Dios?» (1)

A estas palabras Francisco, como aterrado, prorumpió en hondos suspiros, y sin responder nada, se paseó algun tiempo por la galería con los brazos cruzados, y entregado á una profunda meditacion. Por un lado, la consi-

(1) Carlos Aug., p. 204.

deracion del episcopado le hácia temblar; por otro no queria oponerse á la voluntad de Dios. En esta alternativa, no viendo otro recurso que la oracion: «Vamos á la Iglesia de Thorens, dijo al Sr. de Critain, á decir cada uno una Misa al Espíritu Santo; nos la ayudaremos mutuamente, y haremos lo que el Señor nos inspire.» Fueron en efecto: el Sr. Critain, dijo la Misa primero, y en seguida Francisco de Sales; despues de lo cual, habiéndose puesto de rodillas sobre las gradas del altar, permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en el tabernáculo, como un hombre arrebatado en éstasis, el rostro brillante y resplandeciente, segun lo ha depuesto el Sr. de Critain, que le contemplaba con admiracion en este estado, y allí, dirigiéndose á Jesucristo: «Dios mio, le decia, vos conoceis mi corazon, de él salen las palabras que os dirijo. Lo que queréis que haga yo lo quiero tambien, y si Vos me pedís mi voluntad é inclinaciones, estas no existen mas que para obedeceros. Es cierto que mi deseo particular sería no tener otro cargo mas que amaros y servir á todo el mundo por vuestro amor; pero sin embargo, me resuelvo y estoy pronto á hacer todo lo que querais. Todos los honores de la tierra solo serán gradas para elevarme hasta vos.» (1) Despues de estas palabras, quedó algunos instantes en silencio; luego se levantó y salió de la Iglesia. «Y bien, Señor, le dijo el abad Critain, ¿qué es lo que Dios os ha contestado?—Direis á Monseñor, replicó el santo apóstol, que siempre he temido el episcopado, pero que puesto que lo quiere y me lo manda estoy pronto á obedecer: si hago algun bien, todo el mérito será debido á sus oraciones. Os ruego no hableis á nadie de lo que acaba de pasar.» (2)

El Sr. de Critain lo felicitó por su resolucion y le prometió guardar secreto. Partió al punto, despues de haber revelado á los señores de Boisy y al canónigo de Sales el

(1) El P. Talon, p. 41.

(2) Carlos Aug., p. 205.

buen éxito de su negociacion, la que no creyó debía ocultarles. A su llegada á Ancey, encontrando al Obispo rodeado de mucha gente, se acercó y le dijo al oído la buena noticia. «¡Ah, Dios sea bendito!» exclamó al punto en alta voz el venerable prelado, levantándose y derramando lágrimas de gozo: «Hasta ahora no habia hecho nada bueno, »pero ya que he obtenido á mi hijo de Sales para coadjutor y sucesor, creo que he trabajado felizmente y he hecho mucho por el bien de mi diócesis.» La noticia de este acontecimiento se estendió bien pronto en toda la ciudad, y la alegría fué universal (1).

Pocos dias despues, el hombre de Dios vino á ofrecer sus respetos y dar gracias al Obispo; y así que se supo su llegada, todos se apresuraron á ir á felicitarlo. Los recibió con su acostumbrada modestia, y sufriendo con estos testimonios de pública estimacion, se apresuró á sustraerse de ellos. Activando lo mas posible la conclusion de todos sus negocios en Ancey, se decidió á partir lo mas pronto posible para Roma, donde le llamaban los graves intereses de que hemos hablado. Pero plugo á la Providencia retardar este viaje: el santo apóstol cayó enfermo con una fiebre continua muy violenta. Se consultó á dos médicos; el uno juzgó que daba esperanza el mal, y el otro que no tenia remedio, y la opinion de este parecia tan fundada, que se encargó á la señora de Boisy, que desde la primera noticia de su enfermedad habia volado al lado de su querido hijo, le anunciara el peligro de su estado como extremo y su muerte como inminente. Se concibe fácilmente que esta decision fué un rayo para esta tierna madre, y cuánto affligiria su corazon la mision que le daban. Pero la viveza de su fe, el heroismo de su piedad, y su perfecta sumision á la voluntad de Dios, la hicieron mas fuerte que el dolor, y tuvo valor de decir prudentemente al enfermo el peligro que le amenazaba.

El primer sentimiento de Francisco á este anuncio fué

(1) Carlos Aug. . p. 205.—De Maupas. p. 147.

el arrepentimiento de sus faltas, de las que creia no haber hecho bastante penitencia (1); entonces sus mas ligeros defectos se representaron á su espíritu, y su alma inocente se llenó de tristeza. Lloraba, gemia, estaba inconsolable, y en la amargura de su dolor, repetia estas tiernas palabras, sacadas unas de la Sagrada Escritura, otras de la Iglesia ó de su propio corazon: «*Dimitte me, Domine, ut plangam paululum dolorem meum, antequam vadam et non revertar ad terram tenebrosam, et opertam mortis caligine....*» (2) «*Peccantem me quotidie et non pœnitentem timor mortis conturbat. Heu mihi, Domine, quia peccavi nimis in vita mea! Loquar in amaritudine animæ meæ; dicam Deo: Noli me condemnare*» (3). «*Domine, quando veneris judicare terram, ubi me abscondam à vultu iræ tuæ? Commissa mea pavesco et ante te erubesco.*—¡Oh, Señor! dejadme derramar mi dolor antes de ir para siempre á la tierra tenebrosa, »cubierta de la sombra de la muerte.... Todos los dias he »pecado, y no he hecho penitencia; esto es lo que me hace »temer la muerte y me llena de turbacion. ¡Ah, Señor! »Tened piedad de mí, porque he pecado mucho en mi vida. »Hablaré á Dios en la amargura de mi alma; le diré: no »me condeneis, Señor; cuando vengais á juzgar la tierra, »¿dónde me ocultaré á las miradas de vuestra cólera? Al »recuerdo de mis faltas, el temor se apodera de mí y la »confusion cubre mi rostro.» Mientras que hablaba así, una espresion extraordinaria de contricion se leia en sus ojos y sobre todas sus facciones; á veces añadia á estos tristes acentos las palabras del rey penitente: «*Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tuâ corripias me*» (4). «*Convertere, Domine, et eripe animam meam, quoniam non est in morte, qui memor sit tui*» (5). «*Laboravi in gemitu meo lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis*

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. XIV, sect. XXIII.

(2) Job. X, 20 y 21.

(3) Job. X, 1 y 2.

(4) Salmo VI, 2.

(5) Salmo VI, 5 y 6.

»*stratum meum rigabo* (1). Señor, no me reprendais en  
 »vuestro furor, no me castigueis en medio de vuestra có-  
 »lera. Volved hácia mí una mirada favorable, y libradme,  
 »porque despues de la muerte no se puede trabajar ya en  
 »la salvacion. Me he fatigado á fuerza de gemir; lavaré  
 »cada noche mi lecho con lágrimas; lo regaré con mi  
 »llanto.» Otras veces exclamaba con el rey Ezequías: «Ba-  
 »jaré al sepulcro en medio de mis dias; mi vida será como  
 »un hilo cortado por el tejedor, cuando la tela no hacia  
 »mas que empezar (2). ¡Ah! Si Dios me vuelve la salud,  
 »viviré mejor y pondré buen orden en el negocio de mi  
 »salvacion!» Y diciendo esto se lamentaba; su lengua  
 seca se pegaba al paladar, su respiracion se hacia mas pe-  
 nosa, y sus mejillas palidecian de espanto (3).

Pero despues de haberse exhalado en gemidos recobró  
 el ánimo, que el pensamiento de sus faltas, mas aún que  
 la violencia de la enfermedad, habia casi aniquilado. La  
 confianza ocupó el lugar del temor, y se abandonó sin re-  
 serva en las manos de la Providencia, quedando en una  
 entera indiferencia, tanto por la vida como por la muer-  
 te (4). Estando en este reposo del alma y tranquilidad de  
 espíritu, se dijo entonces con un sentimiento de paz deli-  
 ciosa: «El Señor me será tan favorable ahora como más  
 »tarde, y mas tarde tendré tanta necesidad de su miseri-  
 »cordia como ahora. Todos los caminos del Señor son mi-  
 »sericordia y verdad.... (5). ¿Por qué estas triste, ¡ó alma  
 »mia! y por qué te turbas? Espera en Dios, porque yo le  
 »glorificaré. Él es el Salvador hácia el cual mi mirada se  
 »dirige con confianza; Él es mi Dios.» (6)

Entretanto toda la ciudad de Annecy estaba en cons-  
 ternacion; el Obispo de Ginebra sobre todo y los canóni-

(1) Salmo VI, 7.

(2) Is. XXXVIII, 12.

(3) Carlos Aug., p. 206.—De Cambis, p. 380 y sig.

(4) Filiberto de Romesville, c. XXII, p. 246.

(5) Salmo XXIV, 10.

(6) De Cambis, p. 321.—Salmo XLII, 5.

gos de la Catedral no podian consolarse. El primero cayó  
 enfermo, hasta el punto de verse obligado á guardar cama;  
 los canónigos se dirigieron todos en corporacion á casa de  
 su venerable prepósito, para darle el último á Dios y reci-  
 bir su bendicion. Allí, despues de haberle espresado con  
 una voz entrecortada por los sollozos el dolor que les cau-  
 saba su estado y el temor que tenian de perderle, le roga-  
 ron les dijera antes de morir algunas palabras de que pudie-  
 ran aprovecharse. El santo enfermo, enternecido, los abrazó  
 á todos con efusion y les dió gracias por su visita, dicién-  
 doles para consolarlos, que los dejaba bajo la custodia de  
 aquel que es el Grande, el verdadero, el universal pastor  
 de las almas, en quien solo debian poner su confianza, mas  
 bien que en un siervo débil é inútil. Les habló en seguida  
 de la nada del mundo, de la incertidumbre de la vida, de  
 los motivos y del modo de prepararse continuamente á la  
 muerte. Este discurso hizo á los canónigos una impresion  
 profunda; muchas veces habian admirado las palabras lle-  
 nas de unción y de gracia que brotaban de sus labios,  
 cuando desde el púlpito instruia á los pueblos; pero en  
 esta ocasion le encontraron superior á sí mismo: nunca á  
 su parecer, habia dicho nada tan piadoso y tan tierno, tan  
 dulce y tan conmovedor. Todos ellos quisieron hablarle  
 en particular y tomar su consejo, á lo cual se prestó con  
 gusto, diciendo á cada uno lo que habia notado de imper-  
 fecto en su conducta y los mejores medios para corregir-  
 se; y cuando acabaron estas piadosas consultas, todos se  
 pusieron de rodillas al pié de su cama y le pidieron la  
 bendicion: se la dió con gran ternura, espresándoles de  
 nuevo su agradecimiento por la visita, y rogándoles pidie-  
 ran por él, despues de lo cual se retiraron con el corazon  
 oprimido; y sin poder casi pronunciar una palabra (1).

Una conversacion tan larga no pudo menos de fatigar-  
 le mucho y de causarle una gran congoja, que resistiendo  
 á todos los remedios duró una hora entera, é hizo temer

(1) Juan de S. Francisco, p. 140 y 141.—Carlos Aug., p. 207.

fuese la muerte. Su espíritu, sin embargo, lejos de estar embargado como sucede de ordinario en el letargo, conservaba todo su vigor, y luchaba penosamente contra una objecion que le ocurrió de repente en este mismo momento sobre la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento; objecion la mas difícil que habia leído ni concebido jamás. No veía entonces la solución directa, ni le fué dado descubrirla sino mas tarde despues de su curación.

De ahí se le originaron crueles inquietudes, turbaciones llenas de desolación y angustia. Para combatir esta terrible tentación, recurrió á los actos de fe sobre la autoridad de la Iglesia, que nos enseña este incomprensible misterio, y á la invocación frecuente del nombre de Jesús en la señal de la cruz; y por estos medios salió triunfante de la lucha. Cuál fuese la objecion que le atormentó de este modo es cosa que no quiso nunca decir á nadie, mas que á su hermano Luis de Sales, haciéndole prometer el secreto: temía que se fijasen mas en la dificultad que en su solución, y que la complacencia de satisfacer una vana curiosidad, fuera para muchos principio de una grave tentación (1).

Al día siguiente de este doloroso letargo, los músicos de la catedral deseando recrearle con un piadoso concierto, acudieron con sus instrumentos, y le propusieron cantarle lo que le fuera más agradable (2). Les indicó primero el himno con que la Iglesia celebra el amor ardiente de santa Magdalena á Jesucristo, y el gran deseo que tenía de reunirse con él: *Ardens est cor meum videre Dominum* (3); luego el salmo donde el Profeta rey suspira con votos ardientes por la posesión de Dios: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te,*

(1) Carlos Aug., p. 208.—Juan de San Francisco, p. 142.

(2) De Cambis, p. 320.

(3) Es decir: «Mi corazón arde en deseos de ver al Señor:» no conocemos este himno.

*Deus* (1); y mientras que lo cantaban los seguía con dulces afectos, redoblando al fin de cada estrofa ó de cada verso, los impulsos de su fervor y de su amor. Cuando los músicos se retiraron se volvió hácia la pared, y mezclando siempre la compunción con la esperanza, rezó con muchas lágrimas el salmo *Miserere* (2). Algunos momentos despues, habiéndose vuelto á las personas que le cuidaban y notando que el médico le preparaba un remedio, le preguntó qué hacía: *Quod ego facio tu nescis modo*, contestó el médico, tomando las palabras de Jesucristo á San Pedro, *scies autem postea*. (No sabeis ahora lo que hago, pero lo sabreis mas tarde.) «Profanais la sagrada Escritura, replicó el enfermo en tono de reprensión, aplicándola á cosas profanas: un cristiano no debe emplear la palabra de »Dios sino para cosas santas y con gran respeto.» El remedio que preparaba este médico es conocido con el nombre de *oro potable* (3).

Los médicos de este tiempo miraban ese remedio como sudorífico, cordial, y propio para curar la mayor parte de las enfermedades; lo que hay de seguro es que el santo enfermo, no bien hubo tomado el remedio cuando experimentó una mejoría sensible, la que fué creciendo de tal suerte que en muy poco tiempo recobró su salud perfecta, con gran contento de todos (4). Su convalecencia fué tan pronta, que en el mes de febrero se encontró ya en estado de partir para Roma. Claudio Granerio, á quien el gozo de ver á su futuro coadjutor curado le habia curado tambien,

(1) Es decir: como el ciervo suspira por las fuentes de aguas vivas, así mi alma suspira por vos, ¡ó Dios mio! (Ps. LXI.)

(2) Carlos Aug., p. 208.—Juan de San Francisco, p. 142.

(3) Este remedio se componia de una onza de tintura de oro mezclada con diez y seis onzas de otros líquidos, y la misma tintura de oro se componia de una mezcla de espíritu de vino con oro, reducido por medio de la química á una goma de color de sangre y parecida á la miel.

(4) La relación que Mr. de Belley hace de esta enfermedad (*Espritu de San Francisco de Sales*, II part., sect. XX) tiene muchas inexactitudes. Nuestra relación está fundada en el testimonio de Carlos Augusto, y otros autores contemporáneos y testigos oculares.

le entregó una carta dirigida al Soberano Pontífice (1), en la que rogaba á Su Santidad interviniese con el Rey de Francia para que no concediera á los Ginebrinos una proteccion que los hacia audaces é insolentes, que afligiria á los católicos, y les quitaria la esperanza de recobrar los bienes eclesiásticos de que los herejes se habian tan injustamente apoderado.

A esta carta unió el Obispo una demanda con nueve artículos, y hubiera querido añadir aún una relacion exacta y detallada del estado de su diócesis, conforme á las prescripciones de Sixto V; pero como le faltaban algunas memorias para completar esta relacion y era importante no retardar la partida de Francisco, le escitó á que se fuese, prometiéndole enviársela á Roma. Le dió al mismo tiempo por compañero de viaje al abad de Chissé, su sobrino y Vicario general, el cual llevaba el encargo de pedir para él al Papa las bulas de coadjutor. En la demanda dirigida á la Santa Sede con este motivo (2), el Obispo fundaba su peticion, por un lado en la imposibilidad á que le habian reducido sus largas enfermedades de gobernar solo una diócesis tan vasta de cerca de seiscientas parroquias, y por otro en la nobleza, la ciencia, la piedad y la santidad del Preósito, y espresaba el deseo de que el Soberano Pontífice señalara la renta del nuevo Obispo: primero, de su canongía y del curato de *Petit-Bonard*, que conservaría; segundo, de la cuarta parte de todos los frutos y rentas del obispado, que el titular le cedia de todo corazon, lo que haría entre todo una renta anual de cuatrocientos ochenta ducados (3). «Vuestra Santidad, concediendo esta gracia, añadió, dará un particular testimonio de su benevolencia hácia esta provincia, y hará una cosa muy agradable á Dios y á los hombres; porque Francisco de Sales es vivamente deseado, no solo por el Obispo, sino tambien por

(1) Carta XXVII.

(2) Opusc., p. 137.

(3) Es decir, tres mil trescientos doce francos.

»el Duque de Saboya y todos los pueblos, que deben su »conversion á las predicaciones continuas que no ha cesado de hacer durante cuatro años, esponiendo para ello su »vida á los mayores peligros, en países habitados por herejes. La estimacion que les han inspirado sus admirables »acciones, de las que han sido y son aún cada dia testigos, »sobrepaja á todo lo que se pudiera decir.»

Provisto de esta carta, el abad de Chissé partió con Francisco en el mes de febrero de 1599, pasaron los Alpes y se dirigieron á Turin, donde conferenciaron con el Nuncio sobre los diversos negocios que los llamaban á Roma. De allí tomaron el camino de Módena, con la esperanza de encontrar en esta ciudad al presidente Favre y á Luis de Sales, que habian partido antes con ellos para Italia. Despues de algunos dias de un viaje feliz, Francisco fué arrojado en un lodazal por su caballo, que se hundió debajo de él; y habiendo salido sin ningun mal, aunque todo mojado y cubierto de lodo, se apresuró á llegar á la hostería mas próxima, donde hizo encender un gran fuego en un cuarto, para á solas secar sus vestidos y calentar sus miembros transidos de frio. Cuando estaba mas desprevenido, una mujer de notable belleza entró de repente en su cuarto, se aproxima al jóven viajero, y le dice con un tono tierno y apasionado: «En verdad, Señor, que no se puede veros sin »sentir hácia vos un particular afecto.» Francisco sorprendido y confuso baja los ojos. «No bajeis los ojos, replicó aquella descarada mujer, y corresponded á mis sentimientos.—Salid de aquí, exclamó Francisco con un tono »de indignacion y santa cólera, salid de aquí, desgraciada.» Pero sin hacer caso de su indignacion, ella no hizo mas que reirse y redoblar sus maneras desenvueltas. Levantó la mano como para pegarla, pero estas amenazas eran en vano, pues ella se prestaba á sufrir sus golpes. En fin, logró tomar precipitadamente la puerta y huyó, dejándola sola en el cuarto. Salió al punto de la hostería como de un lugar peligroso, fué á buscar á su criado Rolando, y despues de haberle contado esta escena, le encargó efi-